

CESAR VEGA HERRERA

Doc

¿Qué
sucedió
en
Pasos?

PQ
6655.E37
Q

EDICIONES CULTURA HISPANICA
del
CENTRO IBEROAMERICANO DE COOPERACION

«¿QUE SUCEDIO EN PASOS?»

CESAR VEGA HERRERA

¿QUE SUCEDIO EN PASOS?

© CESAR HERRERA VEGA
EDICIONES CULTURA HISPANICA
DEL
CENTRO IBEROAMERICANO DE COOPERACION
Av. Reyes Católicos, 4 - MADRID
I.S.B.N.: 84 - 7232 - 183 - 5
D. L.: M. 40.957 - 1978
Printed in Spain



EDICIONES CULTURA HISPÁNICA
DEL
CENTRO IBEROAMERICANO DE COOPERACIÓN
MADRID - 1978

TEYPE, S. A. Sauce, 19 - Torrejón de Ardoz (MADRID)

PERSONAJES

Violeta y Gabriel, ambos de veinte años, entusiastas mensajeros de la ciudad. «Bluínes» y chompas de colores. Muy modernos y considerados con su trabajo y con aquellos que se relaciona su trabajo.

Los comuneros, edades indefinidas, a excepción del Varayok que debe pasar de los 60 años. Todos llevan poncho y chullo, menos el sacristán que viste el hábito morado del Señor de los Milagros. Joe lleva sombrero sobre el chullo.

Como se ve —y para empezar— el contraste entre las vestiduras de los titiriteros y las de los comuneros es bastante opuesto.

UN TELONCITO. AHI ESTAN PINTADOS UNOS NEVADOS. AL PIE UNAS CASUCHAS, UN CAMINITO Y UNA O DOS VICUÑAS. ES DE DIA.

NARRADOR.—Señoras y señores, estimados amigos, me he tomado la libertad de venir a esta sala, con el deseo de contarles una auténtica y singular historia. Sucedió en la Comunidad de Pasos. A cinco horas de Huancayo, más allá de Chongosalto. Más allá. Yendo por las profundas tierras de la entonces señorial casa-hacienda Altafé Wilder. Sí, damas y caballeros, fue en la Comunidad de Pasos. Ahí, en uno de los corazones de la serranía, ocurrió este extraño, raro y controvertido hecho... Una tarde del mes de julio o de junio de mil novecientos cincuenta y tantos o creo que sesenta y tantos... Bueno, una tarde parecida a cualquier tarde del mundo en que el sol iba por un cielo claro adornado de hermosas y gorditas nubes blancas, una camioneta *Land Rover* trepaba por las cejas adustas de la cordillera de los Andes. (SALE. SE OYE EL RUIDO DE LA CAMIONETA QUE VA LLEGANDO.)

ENTRAN DOS INDIOS. UNIVERSO TARTAMUDEA A VECES. JACINTO ES MIOPE Y ALGO SORDO. AMBOS PERMANECEN OBSERVANDO LARGAMENTE.

JACINTO.—¿Qué será eso?

UNIVERSO.—Una camioneta.

JACINTO.—¿Una qué?

UNIVERSO.—Ca camioneta, caramba.

JACINTO.—¿Dónde?

UNIVERSO.—Allí.

JACINTO.—¿Dónde?

UNIVERSO.—¡Allá, animal!

JACINTO.—¡Allí, allá! ¡En dónde!

UNIVERSO.—¿No ves a la vuelta del cerro, ah?

JACINTO.—No veo ni el cerro.

UNIVERSO.—Pero sabes que el cerro está ahí, ¿no?

JACINTO.—Ajá.

UNIVERSO.—Por ahí viene, ¿ya?

JACINTO.—¿Quién viene?

UNIVERSO.—¿Sabes qué cosa es una camioneta?

JACINTO.—¿Y quién no va a saber qué es una camioneta, ah?

UNIVERSO.—Eso es lo que viene, burro. ¿O no sabes mirar?

JACINTO.—Distingo su ruido ¡pucha hermano! ¿Cómo es?

UNIVERSO.—Bonita, pues.

JACINTO.—¿Más mejor que mi chola, ah?

UNIVERSO.—Tú sabrás.

JACINTO.—¿Falta mucho para que llegue?

UNIVERSO.—¡Uff, sordo eres, hermano! ¿Para qué tienes orejas?

JACINTO.—¡Qué cosa! ¡Insultándome estás, ah!

UNIVERSO.—¡Cuidado, animal!

IRRUMPE LA CAMIONETA. EN LA PUERTA HAY UN CIRCULO EN DONDE SE LEE «REFORMA AGRARIA». VIOLETA Y GABRIEL IMITAN LA BOCINA. FRENAN APARATOSAMENTE. UNIVERSO SE PONE A SALVO, ESCONDIENDOSE.

JACINTO.—(EN EL SUELO.) ¿Qué pasó?

LA PAREJA.—(AYUDANDOLO.) ¿Se siente bien? Perdone, señor, ¡mil perdones!

JACINTO.—¿Mil perdones, para qué tantos, ah?

UNIVERSO.—(APARECIENDO.) ¿Qué maneras de llegar son esas, ah? ¿Ah?

VIOLETA.—Fue un accidente involuntario, discúlpennos, estamos avergonzados, amigos.

GABRIEL.—Pensábamos llegar de otro modo, sí.

VIOLETA.—Agarramos la cuesta...

GABRIEL.—Y casi se nos van los frenos...

JACINTO.—(SOBANDOSE EL CUERPO SIN DEJAR DE MIRAR A LA CAMIONETA.) Mi chola es más mejor y hasta pega más fuerte.

LA PAREJA.—Ah, sí, sí, es una simple y ordinaria camioneta, una vil camioneta...

UNIVERSO.—Yo me llamo Universo. (CODAZO A JACINTO.)

JACINTO.—¡Yo me llamo Jacinto!

VIOLETA.—¡Oh qué torpes somos! Yo me llamo Violeta.

GABRIEL.—Yo me llamo Gabriel.

VIOLETA.—Formamos la Compañía de Titiriteros. (UNA VENIA.)

GABRIEL.—¡Los Cuchimilcos del Perú! (EL INDICE ARRIBA.)

PAUSA INESPERADA. NADIE SE MUEVE.

UNIVERSO.—*Compañía*, ajá.

JACINTO.—¿Ti ti ri ti ti tis?

VIOLETA.—Titiriteros, señor.

JACINTO.—Ajá.

UNIVERSO.—¿Qué más, ah?

GABRIEL.—Nosotros, estimados amigos, tenemos estos muñequitos hechos por nosotros mismos.

VIOLETA.—Trabajamos con ellos.

GABRIEL.—Los ponemos encima de nuestras manos, ¿ven?

VIOLETA.—Como si fueran guantes.

UNIVERSO.—¿Guan guan?

GABRIEL.—Guantes, amigo.

JACINTO.—Parecen muñequitos.

VIOLETA.—Son muñequitos.

UNIVERSO.—¿Muñequitos son?

JACINTO.—La vieja Chacha usa muñecos para curar a la gente.

UNIVERSO.—También para curar a los animales, pues.

JACINTO.—También para fregarlo a uno.

UNIVERSO.—La vieja Chacha me curó a mí cuando cantó el tuco.

VIOLETA.—Sí, sí claro, ustedes tienen sus costumbres...

UNIVERSO.—Costumbres no solamente son.

JACINTO.—Verdades son, pues.

GABRIEL.—(SALVANDO LA SITUACION.) Miren, amigos. Estos muñequitos se animan así. Dentro de la mano. ACTUA.)

VIOLETA.—(ACTUANDO.) Nosotros los movemos.

GABRIEL.—Como si tuvieran vida.

UNIVERSO.—¿Están muertos?

VIOLETA.—Les damos movimiento.

UNIVERSO.—Aquí, de por sí todo tiene vida.

JACINTO.—¡Hasta lo que parece muerto, pues!

UNIVERSO.—Y nada es más mejor que la vida, pues.

JACINTO.—En verdad.

GABRIEL.—(EN APUROS.) Por supuesto, claro...

VIOLETA.—(INTERVINIENDO.) Y así como les íbamos diciendo, estos muñequitos llamados títeres.

UNIVERSO.—¿Tíritis?

GABRIEL.—Títeres, amigo.

VIOLETA.—¿Verdad que son bonitos?

GABRIEL.—¿Sí, sí?

UNIVERSO.—Más o menos.

JACINTO.—¡Bonitos son, pues!

UNIVERSO.—(A JACINTO.) Cómo van a ser bonitos si están mal hechos y más mal pintados, son feos.

JACINTO.—(A UNIVERSO.) No seas así.

UNIVERSO.—(A JACINTO.) Sí soy así.

JACINTO.—(A UNIVERSO.) Sí están bien pintados y más mejor hechos y tú serás el feo, pues.

VIOLETA.—(OPORTUNA.) Entonces, queridos amigos, estos muñequitos nuestros, llamados títeres, nos ayudarán a contarles una historia, muy verdadera, muy graciosa.

UNIVERSO.—¿Muy verdadera? ¿Hay verdades poco verdaderas?

JACINTO.—¿Y bien graciosas?

GABRIEL.—Bueno, sólo fue un decir.

VIOLETA.—Así es, fue un decir. Pero eso sí, será una historia bastante divertida. ¿Les parece poco?

UNIVERSO.—Sí.

JACINTO.—No.

GABRIEL.—Bueno, bueno, amigos, les contaremos dos o tres historias. Será un buen rato.

VIOLETA.—Las preguntas vendrán después.

UNIVERSO.—¿Y por qué no antes, ah?

JACINTO.—¿Hay que preguntar?

GABRIEL.—Lo importante es que, que.

VIOLETA.—Lo importante es que serán momentos agradables.

GABRIEL.—Interesantes.

VIOLETA.—Nos alejarán de nuestras preocupaciones y nuestras penas.

GABRIEL.—Olvidaremos el trajín del día.

VIOLETA.—¡Riendo con sana alegría!

GABRIEL.—¡Tranquilamente!

UNIVERSO.—¿Sana alegría?

JACINTO.—¿Tranquilamente?

UNIVERSO.—¿Hay alegrías enfermas?

VIOLETA.—Oh señores, ¿mejor por qué no nos llevan donde el Varayok?

UNIVERSO.—¿Para qué?

GABRIEL.—Le pediremos permiso para actuar.

VIOLETA.—Naturalmente.

JACINTO.—¿Naturalmente?

GABRIEL.—Es decir, le diremos...

UNIVERSO.—¿A quién?

VIOLETA.—Solicitaremos permiso al Varayok para presentar en la Comunidad de Pasos —aquí— a los Cuchimilcos del Perú.

UNIVERSO.—(A JACINTO.) ¿Cuchi qué, dijeron?

JACINTO.—Cu cu cu...

GABRIEL.—Cuchimilcos.

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—Cuchimilcos, ellos se llaman Cuchimilcos.

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—(A LA PAREJA.) ¿Por qué se llaman Cuchimilcos?

GABRIEL.—Es nuestro nombre de trabajo, amigos.

VIOLETA.—Somos la Compañía de Titiriteros los Cuchimilcos del Perú, ¿sí?

JACINTO.—Así será, pues.

UNIVERSO.—¿Y quieren hablar con el Varayok? Vamos por aquí.

JACINTO.—¿O prefieren ir por allá?

VIOLETA.—(A UNIVERSO.) Usted primero.

UNIVERSO.—(A VIOLETA.) No, usted primero.

GABRIEL.—(A UNIVERSO.) Usted tiene que guiarnos, amigo.

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—Tú primero pues, hermano.

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—Y yo segundo.

UNIVERSO.—(A LA PAREJA QUE SE HA PUESTO EN ACTITUD DE ESPERA.) ¡Vamos por acá! Señores Cuchimilcos.

JACINTO.—¡Tiri ti ri tiros! (CEDE EL PASO A LA PAREJA.)

TODOS SALEN RIENDO EN FILA INDIA.

NARRADOR.—Y así, junto a los amigos comuneros, Universo y Jacinto, los titiriteros Violeta y Gabriel, sin trámites ni demoras, llegaron a la casa del Varayok, alcalde de la Comunidad de Pasos. (SE PONE EL PONCHO, EL CHULLO. COGE LA VARA DE MANDO. ACTUA.)

VARAYOK.—(LEE UN VIEJO PERIODICO.) Ah carajo, otra vez parece que el Gobierno Lima está cambiando. ¿Cómo será ahora? Elecciones, partidos, candidatos, promesas, ah el Gobierno Lima es muy fregado. ¿Y para qué tanta bulla si al fin y al cabo resulta la misma cosa, ah? No lo sabré yo que soy tan ignorante, si pues, porque también en la ignorancia se aprende, y eso es más fuerte, duele, quema como una mala candela. ¿Nuevo Gobierno Lima? ¿Para quién, ah? ¿Para nosotros? Que se vayan a engañar a los que todavía no están tan engañados. Si no lo sabré. Ellos dicen de nosotros: «pobrecitos, mucho sufrieron, están muer-

tos» y juran sobre nuestros cadáveres. Viven sobre nuestros cadáveres. Y mienten diciendo que se acuerdan de nosotros. Los conozco. Los conozco mejor desde aquí. Desde estas tierras desconocidas por ellos, según su mismita conveniencia. Los conozco desde el tiempo de mis taitas, cuando todavía no estábamos arrinconados contra el pedregal. Si pues, nuestros campos eran fuertes, grandes, frescos como las barrigas de nuestras mujeres. Así era antes. Las vaquitas iban comiendo por los valles que ahora son de los hacendados. Será por eso que nunca puedo recordarme jugando en el pastito. ¡Hasta el río nos lo robaron, carajo! (ARROJA EL PERIODICO. SUENA LA PUERTA.) ¿Quién es?

UNIVERSO.—Yo.

VARAYOK.—¿Quién yo?

JACINTO.—Nosotros, Varayok.

VARAYOK.—Ya sé que son ustedes.

JACINTO.—Hemos venido, Varayok.

VARAYOK.—Ya sé que han venido.

UNIVERSO.—Abre tu puerta.

VARAYOK.—Hagan de cuenta que no estoy. He salido.

JACINTO.—Traemos visitas.

UNIVERSO.—No podemos hacer de cuenta que no estás.

VARAYOK.—Díganles que me fui a la feria.

JACINTO.—Ellos te están oyendo, Varayok.

UNIVERSO.—Son unos amigos ti ri ti ri tiros.

VARAYOK.—¿Qué cosa?

VIOLETA.—Titiriteros, señor Varayok.

GABRIEL.—Los Cuchimilcos del Perú, señor Varayok.

JACINTO.—Es una Compañía, Varayok, dicen que es buena.

VARAYOK.—¿Compañía?

UNIVERSO.—No son rateros.

JACINTO.—No son abigeos.

UNIVERSO.—Tampoco tienen abogado.

JACINTO.—Si no ya los habríamos amarrado, pues, Varayok. (RIEN LOS COMUNEROS.) ¿Entramos, Varayok? (EMPUJA LA PUERTA JUSTO EN EL MOMENTO EN QUE EL VARAYOK ABRE.)

LA PAREJA.—Buenas tardes, señor Varayok.

UNIVERSO.—Estos son unos amigos que trabajan con con...

JACINTO.—Con muñequitos.

VIOLETA.—Somos la Compañía de Titiriteros.

GABRIEL.—Los Cuchimilcos del Perú.

VIOLETA.—Venimos a solicitar permiso.

JACINTO.—Quieren que les des permiso, Varayok.

VIOLETA.—Deseamos dar una función.

GABRIEL.—Para la Comunidad de Pasos.

VARAYOK.—(DESPUES DE UNA PAUSA.) ¿Ustedes dos son la Compañía?
¿Tenemos que presentar algún oficio? ¿Cuánto hay que pagar?

VIOLETA.—Será una función gratuita. A beneficio del propio pueblo.

VARAYOK.—¿Gratis?

GABRIEL.—Totalmente.

VARAYOK.—Entonces ¿quién la paga?

VIOLETA.—Trabajamos para el Gobierno. Dependemos de la Dirección General de Relaciones Públicas...

GABRIEL.—Bueno... Sólo estamos contratados.

VIOLETA.—Somos artistas.

GABRIEL.—Hacemos divulgación cultural.

VARAYOK.—¿Y por qué dicen que son una Compañía?

VIOLETA.—Este, creo que es para llamar la atención.

GABRIEL.—Nada más que por eso.

VARAYOK.—Nosotros no queremos *nada* con ninguna *Compañía*.

UNIVERSO.—Trabajan con sus muñequitos, Varayok.

JACINTO.—Tíritis.

VARAYOK.—¿Qué cosa?

VIOLETA.—Títeres, señor Varayok.

GABRIEL.—Somos titiriteros, Varayok.

VARAYOK.—Ah, ah, eso mismito, pero mejor salgamos afuera.

TODOS SALEN DE LA CASA DEL VARAYOK.

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) Y así, con paciencia, nada más que con paciencia y un poco de voluntad, no nos costó nada o casi nada, explicarle al Varayok qué son y para qué sirven los tíri tis ti te, ¡caracho, ya me enredé yo también! (GABRIEL HA ESTADO EXPLICANDO A LOS COMUNEROS.)

UNIVERSO.—¿Está bueno, Varayok?

VARAYOK.—¿Estará?

JACINTO.—Claro que ha de estar bueno, pues.

VARAYOK.—Pensando estoy.

UNIVERSO.—¿O mejor desconfiamos? ¿Ajá?

GABRIEL.—¿Me permite interrumpir?

VIOLETA.—Si usted, señor Varayok, lo desea, podemos empezar ya.

VARAYOK.—¿Ahora?

VIOLETA.—En este instante.

JACINTO.—Para toda la Comunidad, Varayok?

UNIVERSO.—¿Qué dices, Varayok?

GABRIEL.—Consideren, amigos, que tenemos que presentarnos en otros pueblos y comunidades.

JACINTO.—¿Qué quiere decir «considere», ah?

VARAYOK.—Nosotros desconfiamos de las palabras extrañas.

VIOLETA.—No es una palabra extraña, Varayok.

GABRIEL.—Considere, quiere decir...

VIOLETA.—Pedimos que comprendan que tenemos mucho trabajo.

UNIVERSO.—Nosotros también.

JACINTO.—Seguro, pues.

GABRIEL.—Señor Varayok.

VIOLETA.—Solamente una media hora.

GABRIEL.—Quizá cuarenta y cinco minutos.

VARAYOK.—Pienso. Mi cabeza necesita más pensamientos.

VIOLETA.—(DESPUES DE ESPERAR.) La función podría ser en la placita, Varayok.

GABRIEL.—Tenemos todo listo.

VIOLETA.—Es muy sencillo.

UNIVERSO.—Pensando está. (SE HA REFERIDO AL VARAYOK.)

VIOLETA.—(AL VARAYOK.) Piense usted, pero por favor un poquito rápido.

JACINTO.—¿Rápido?

UNIVERSO.—¿Ustedes no piensan?

VIOLETA.—Nosotros esperaremos.

UNIVERSO.—¿O sea que ustedes ya vinieron con todo pensado?

JACINTO.—¿Les gusta esperar?

GABRIEL.—Amigos, creo que ustedes están tomando nuestras palabras al pie de la letra.

JACINTO.—¿Al pie de la letra, qué es eso, ah?

VARAYOK.—(A JACINTO Y UNIVERSO.) Vengan.

LOS TRES COMUNEROS SE REUNEN APARTE. RUMOREAN Y HABLAN EN QUECHUA. UNIVERSO LE DA UNA PATADA A JACINTO (A ESPALDAS DEL VARAYOK) Y ESTE LE RESPONDE CON UN PISOTON. EL VARAYOK LES JALA LAS OREJAS A LOS DOS; LA PAREJA, NERVIOSA, TRATA DE ESCUCHAR O ENTENDER.

VIOLETA.—¿Entiendes tú?

GABRIEL.—(SE ENCOGE DE HOMBROS.)

VIOLETA.—¿Qué estarán diciendo? ¿Qué hacemos, «pensar»?

GABRIEL.—No estaría mal.

VIOLETA.—¿Aquí en este pueblo tonto? (SONRIE.) Caramba, creo que ese es su mejor distintivo.

GABRIEL.—Hay otros pueblos más lejanos, Violeta.

VIOLETA.—Entonces renuncio. (RIE.) ¿Pero no nos vamos a dejar vencer, no? Claro, son nada más que un grupo de indios.

GABRIEL.—Nada más.

JACINTO.—(ACERCANDOSE.) Señor, señorita.

VIOLETA.—Se refiere a nosotros, ¡Gabriel! ¿En qué estás pensando?

UNIVERSO.—Señores Chuchimilcos.

LA PAREJA.—Sí, diga usted, lo escuchamos.

VARAYOK.—¿Se puede saber qué historia es esa que van a contar?

JACINTO.—¿Tiene que saberse, no?

UNIVERSO.—¿Ajá?

VIOLETA.—Oh, eso es muy fácil. Empieza tú, Gabriel.

GABRIEL.—La historia que vamos a contarles.

VIOLETA.—Será la historia.

GABRIEL.—¡Del bandido Dinamita!

VIOLETA.—¡El bandido Dinamita!

LOS COMUNEROS.—¿El bandido Dinamita?

VIOLETA.—Una linda historia, muy, pero muy interesante.

VARAYOK.—Los bandidos también tienen su historia, pues.

GABRIEL.—Por supuesto.

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—Ahora que me acuerdo, yo tenía una chola que se llamaba Historia. Era de un genio bien fuerte.

VIOLETA.—Oh, pero esta historia será bien sencilla, para chicos y grandes, solteros y casados.

GABRIEL.—¿Qué nos dice, señor Varayok?

VARAYOK.—(DESPUES DE UNA BREVE PAUSA.) ¿O sea que los muñequitos dirán lo que ustedes quieran que digan?

VIOLETA.—La historia tiene su moraleja, Varayok.

VARAYOK.—No nos gustan las moralejas.

JACINTO.—¿Las mora qué?

VARAYOK.—En fin, veremos. ¿Pueden adelantarnos algo de la función?

UNIVERSO.—Empiecen, señores Cuchimilcos.

JACINTO.—¿Empezarán de una vez, pues?

GABRIEL.—(EMPUJADO POR VIOLETA INICIA LA PRESENTACION DE LOS PERSONAJES.) ¡El bandido Dinamita! (RUGE.)

VIOLETA.—¡La esposa, muy malgeniada! (RUGE.)

LOS CAMPESINOS HAN RETROCEDIDO.

GABRIEL.—(TIERNO.) ¡El dormilón! (BOSTEZA.)

VIOLETA.—(SALUDO MILITAR.) ¡El policía!

UNIVERSO.—Regular parece ese cuento, ¿no Varayok?

GABRIEL.—¡Sí, señoras y señores, empieza la función!

VIOLETA.—Se trata de un raterito demasiado vivo que, cuando salía de su escondite...

GABRIEL.—Iba cantando del valle a la montaña: (MANIPULA AL BANDIDO. CANTA) «Soy el bandido Dinamita/ que a los ricos/ sus riquezas quita».

VIOLETA.—«¿Y a los pobres/ señor Bandido Dinamita?»

GABRIEL.—«¡A los pobres también!»

UNIVERSO.—Qué ratero tan ladrón.

VIOLETA.—¡Ah, señoras y señores, pero un día!

GABRIEL.—¡Nuestro héroe!

VIOLETA.—¡El famoso Dormilón!

GABRIEL.—¡Consigue encontrarlo!

EL DORMILON.—«(BOSTEZANDO.) Tengo un sueño tan grande/ que por eso soy famoso/ y aunque usted me mande/ yo soy muy ocioso. (RIE Y SE DUERME.)»

EL BANDIDO.—«Aquí robaré un poco/ mientras éste duerme como loco. (EMPIEZA A LLENAR SU ALFORJA.)»

EL DORMILON.—«(DESPIERTA.) ¿Qué pasa aquí?»

EL BANDIDO.—«Nada, ¿y ahí?»

EL DORMILON.—«Soñé que me robaban».

EL BANDIDO.—«Y yo que me asaltaban».

EL DORMILON.—«Uf uf, siento olor a bandido».

EL BANDIDO.—«Estuvo, pero ya se ha ido».

EL DORMILON.—«Ah, tú eres el Bandido Dinamita». (PELEAN.)

JACINTO.—¿Quién gana?

UNIVERSO.—¿Quién va a ser, pues? El Dormilón.

EL BANDIDO.—«¡Me defiendo como buen bandido!»

EL DORMILON.—«¡Peleo como buen dormilón!»

EL BANDIDO.—«¡Hey pero si es una broma!»

EL DORMILON.—«¡Toma, toma y toma!»

EL BANDIDO.—«Ay ay ay, esposa, espositaaaa!»

JACINTO.—¿Tan grandazo y no le da vergüenza?

VIOLETA.—Y bien, ¿qué les parece?

UNIVERSO.—¿Qué sigue después?

VARAYOK.—¿Qué sigue después, señores artistas?

LA ESPOSA.—«¿De dónde sale tanto ruido?/ ¡Oh le pegan a mi marido!» (EL BANDIDO Y SU ESPOSA LE DAN DURO AL DORMILON.)
«¡Toma, toma y toma!»

JACINTO.—¡Abusivos!

UNIVERSO.—Ajá.

GABRIEL.—Después viene el final.

JACINTO.—¿Cuál final?

VIOLETA.—El desenlace.

UNIVERSO.—¿El desen qué?

GABRIEL.—El fin de la historia.

VARAYOK.—¿El fin de la historia? ¿Todo eso es una historia?

VIOLETA.—Una inofensiva historia, Varayok.

JACINTO.—¿Inofensiva?

UNIVERSO.—Demasiado poco. ¿Qué dices, Varayok?

VIOLETA.—Por favor, señores, nuestra historia, digo la historia del Bandido Dinamita, dura más de media hora.

GABRIEL.—Les hemos representado sólo una parte.

UNIVERSO.—¿Nada más que una parte?

JACINTO.—¿Y por qué una parte, ah?

VARAYOK.—¿Y cómo termina?

JACINTO.—¿Cómo, ah?

UNIVERSO.—Sí, cómo pues.

VIOLETA.—Disculpen, pero el final lo reservamos por motivos artísticos. Lo verán en la función, señores.

VARAYOK.—Nosotros nunca hemos visto ni oído el fin de una historia, vivimos aquí, como perdidos en el centro de nuestra historia. Ustedes perdonen, pero no sé qué quisiera decirles...

VIOLETA.—Bueno, bueno... ¿Se lo decimos, Gabriel?

GABRIEL.—Faltando poco para que acabe la representación.

JACINTO.—¿La representación?

VIOLETA.—Es decir, ya casi terminando la historia, ¿no lo van a contar a nadie, eh?

UNIVERSO.—¿Por qué?

VARAYOK.—No me gustan las cosas que no se pueden contar a los demás.

GABRIEL.—Sí, sí, naturalmente...

VIOLETA.—Al terminar.

UNIVERSO.—¿Al terminar?

GABRIEL.—Al terminar la representación, la función.

VIOLETA.—(TOLERANTE.) Al finalizar la función, faltando poquito, aparece el policía.

GABRIEL.—Al cual ya se ha visto al principio de la función.

JACINTO.—Ah, sí, de la representación, pues.

VIOLETA.—Y el Policía, junto con el Dormilón, logran coger al bandido Dinamita.

GABRIEL.—«¡Te chapamos/ ahora nos vamos/ bandido Dinamita!»

VIOLETA.—Y así, amigos, mientras la pobre y escarmentada esposa queda llorando. (LLORA.)

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—Pobrecita.

GABRIEL.—¡El Bandido Dinamita irá preso, prometiendo no volver a robar nunca jamás!

UNIVERSO.—¿A los pobres?

JACINTO.—¿A los ricos?

VARAYOK.—¿Y a qué se dedicará cuando salga de la cárcel?

UNIVERSO.—Seguro que no lo reciben en ninguna parte.

JACINTO.—Nosotros sí lo recibiríamos. ¿Verdad, Varayok?

VARAYOK.—¿Y qué hacía el Bandido cuando todavía no era bandido?

UNIVERSO.—¿Sembraba papitas?

JACINTO.—¿Criaba animalitos?

GABRIEL.—Este...

VIOLETA.—Posiblemente...

UNIVERSO.—Seguro que se volvió o lo volvieron ladrón.

VARAYOK.—Nadie nace bandido. Por muy graciosa que sea su historia.

JACINTO.—¿Cómo era de chiquito el bandido Dinamita, ah?

UNIVERSO.—Cómo pues, señores Cuchimilcos.

VARAYOK.—Debió ser un niño como todos. Debió tener sus taitas.

JACINTO.—Debió jugar como todos los niños.

UNIVERSO.—Debió aprender como los niños saben aprender.

JACINTO.—Ajá.

VARAYOK.—Nosotros aprendimos en las espaldas de nuestros taitas. Cuando ellos se inclinaban a sembrar la semilla, nosotros recibíamos el sol en nuestra frente. Y mirábamos al sol y mirábamos la tierra. Aprendíamos aún sin conocer las palabras. ¿Acaso un niño no aprende más de lo que mira hacer, que todas las cosas que le enseñan?

GABRIEL.—(EN APUROS.) Así es, Varayok, pero en este caso, en este cuento.

UNIVERSO.—Ese pobre Bandido Dinamita, de chiquito no tendría ni un perro que le ladre. Seguro lo negaban en todas partes, pues.

JACINTO.—Seguro lo engañaban, le pegaban.

UNIVERSO.—Sólo él solito no se iba a volver ladrón.

VIOLETA.—Señores, comprendan que es nada más que un cuento.

GABRIEL.—Quizá nunca fue al colegio y sus padres no tenían cómo alimentarlo.

VIOLETA.—Quizá no tuvo padres.

JACINTO.—¿Quién no tuvo padres, ah?

GABRIEL.—El Bandido.

UNIVERSO.—To to todos tenemos padres.

VARAYOK.—¡Ahí están las montañas y el aire! ¡El maíz y el agua! ¡El arado y los pájaros!

JACINTO.—Yo curé a un pajarito, con hojas de coca salvé su patita, él me agradeció y ahora también soy su hijo.

VARAYOK.—Nadie está solo, amigos titiriteros.

UNIVERSO.—La tierra acompaña.

JACINTO.—Hasta cuando estamos muertos la tierra nos acompaña.

VIOLETA.—Todo eso está muy bien, amigos, estamos de acuerdo, pero nosotros hemos venido a traerles un momento de esparcimiento.

UNIVERSO.—¿Esparci qué?

GABRIEL.—Les traemos un poco de alegría espiritual.

JACINTO.—¿Para que no nos vayamos al infierno, no?

UNIVERSO.—Yo no quisiera irme al cielo, más mejor es vivir y trabajar aquí.
¿No es cierto, Varayok?

VIOLETA.—Perdonen, creo que estamos disgregándonos, saliéndonos del tema.
¿Podríamos dar dos funciones, señor Varayok?

GABRIEL.—Es un buen día, Varayok.

VIOLETA.—Una representación en la placita.

GABRIEL.—Otra en la escuela, lógico.

JACINTO.—¿Lógico?

VARAYOK.—En la placita no se va poder.

LA PAREJA.—¿Por qué?

VARAYOK.—Lloverá.

LA PAREJA.—(MIRANDO AL CIELO.) ¿Lloverá?

VARAYOK.—En una hora de sesenta minutos.

VIOLETA.—¿En una hora de sesenta minutos?

UNIVERSO.—Nosotros tenemos horas más largas.

JACINTO.—También tenemos horas más chiquitas.

UNIVERSO.—Eso depende, pues.

LA PAREJA.—Ah, sí, depende...

JACINTO.—Miren al cielo.

VARAYOK.—Antes de una hora de sesenta minutos lloverá.

VIOLETA.—¿Cómo lo sabe, Varayok?

UNIVERSO.—La Comunidad de Pasos ya lo sabe.

JACINTO.—Lluvia buena.

UNIVERSO.—Comeremos cuyes.

JACINTO.—Tomaremos chicha. ¿Pisco aguardiente también, Varayok?

VARAYOK.—Así será.

VIOLETA.—¿Cómo dice?

GABRIEL.—¿Qué dijo?

VARAYOK.—Quisiera discutirlo, pero ya cansa discutir. No se preocupen, amigos Cuchimilcos, harán su función, si es posible, en la escuela. Así será.
Jacinto, anda trae unas botellas.

JACINTO.—¿Del fuerte, Varayok?

UNIVERSO.—Del fuerte, pues. (JACINTO SALE.)

VIOLETA.—¿Podemos avisar a la Comunidad, Varayok?

JACINTO.—Pueden.

LA PAREJA.—(AGRADECE FELIZ Y BAJA A LA PLATEA.) ¡La compañía de Títeres, los Cuchimilcos del Perú, tiene el agrado de invitar a la Comunidad de Pasos, a presenciar la historia del famoso Bandido Dinamita! (CANTAN.) «Soy el bandido Dinamita/ que a los ricos/ sus riquezas quita/ y a los pobres también». (SALEN.)

MIENTRAS TANTO, EN EL ESCENARIO, JACINTO HA REGRESADO CON EL AGUARDIENTE. BEBEN LOS TRES COMUNEROS. RIEN REMEDANDO A LA PAREJA Y A SUS TITERES. DE LEJOS LLEGAN LOS ANUNCIOS DE LA FUNCION, EL JARANEIO DE LA COMUNIDAD Y EL REPIQUE DE LA CAMPANA DE LA IGLESIA. A POCO ENTRA LA PAREJA, CANSADA PERO MUY CONTENTA.

VARAYOK.—(OFRECIENDOLES UNA BOTELLA.) A su salud, es del fuerte.

JACINTO.—Prueben nomás, no tengan miedo pues.

GABRIEL.—(OLIENDOLO.) Ah, sí, es del fuerte. (BEBE Y CASI CAE DE ESPALDAS.)

UNIVERSO.—(REFIRIENDOSE AL AGUARDIENTE.) Se llama «tumba cholo».

TODOS RIEN, INCLUSO VIOLETA QUE, ACEPTANDO LA MANO DEL VARAYOK, INICIA UN HUAYNO QUE AL PRINCIPIO NO DOMINA PERO

SE VA SOLTANDO. LA MUSICA CRECE A MEDIDA QUE EL BAILE SE VA ANIMANDO. LA BOTELLA LE LLEGA A VIOLETA, QUIEN DA UN SALTO DESPUES DE BEBER UN SORBO. VIVAS AL BANDIDO DINAMITA.

VIOLETA.—(DESCANSANDO.) ¡Oh, qué divertido, es la primera vez que bailo un huayno Rock! (RIE.)

JACINTO.—¿Un huayno qué?

GABRIEL.—(CON LA BOTELLA.) No le hagan caso, amigos, es una chica demasiado moderna.

VIOLETA.—Oh, pobre de mí. Pero ya que estamos todos aquí, reunidos y hermanados, cinco minutos —antes de irnos a preparar la función— vamos a hablar de vuestras costumbres, ¿eh?

VARAYOK.—Más mejor sería primero que nos digan quién les contó esa historia que van a dar a la Comunidad.

VIOLETA.—Fue en Lima, no recuerdo quién. Eso no tiene importancia. Gabriel escribió el texto.

JACINTO.—¿Texto?

GABRIEL.—Yo escribí las palabras que dicen los títeres.

UNIVERSO.—Ajá.

JACINTO.—Inteligentes son. ¿No Varayok?

VARAYOK.—Mismitos inteligentes.

UNIVERSO.—¿Cuántas historias más saben, ah?

VIOLETA.—Por lo menos una docena.

GABRIEL.—Una como la otra, como tantas.

VIOLETA.—Todas son comiquísimas, amigos.

VARAYOK.—¿Como tantas?

VIOLETA.—Así es, señor Varayok, hay muchas historias para todos...

VARAYOK.—Pero sólo una es la que sucedió, ¿verdad?

GABRIEL.—Ya le dijimos que el bandido Dinamita es nada más que un cuento, Varayok.

VIOLETA.—Ni más ni menos.

VARAYOK.—No me gustan esos cuentos.

VIOLETA.—Es casi una historia.

UNIVERSO.—¿Casi?

GABRIEL.—Sí, casi, pero no.

VARAYOK.—No entiendo.

VIOLETA.—(CON LAS MANOS EN JARRA.) ¿Me van a decir que nunca han visto a un bandido o a un ladrón?

UNIVERSO.—¿Ustedes lo han visto?

VIOLETA.—No.

GABRIEL.—Sí.

JACINTO.—¿Conocieron a algún ladrón?

GABRIEL.—No.

VIOLETA.—Sí.

VARAYOK.—Nosotros hemos visto a muchos bandidos.

UNIVERSO.—Muchos rateros.

VIOLETA.—En Lima, todos están en la cárcel, sí señores.

JACINTO.—No lo creo.

UNIVERSO.—Yo tampoco.

VARAYOK.—Extraño es el hombre.

GABRIEL.—¿Cómo dice?

VARAYOK.—La peste y la sequía no se pueden evitar, pero no por eso son malas. La naturaleza es así. Nosotros somos sus hijos. La naturaleza no carga un mal corazón, no arrastra una mala alma.

VIOLETA.—(A GABRIEL.) Oh, ya se pasaron los cinco minutos.

VARAYOK.—La naturaleza es como ella misma, en cambio hay hombres peor que el puma que mata a nuestros animalitos.

JACINTO.—Peor que la serpiente malagüera.

UNIVERSO.—Ajá.

VARAYOK.—No son hombres. No pueden tener corazón. No pueden tener alma.

GABRIEL.—Ese odio no existe, Varayok.

VARAYOK.—Cuando lo comprueben verán cuanta pena. Cuanta.

VIOLETA.—(ABREVIANDO LA SITUACION.) ¿Podemos ir a preparar nuestras cosas, creo que nos queda poco tiempo, verdad Varayok?

VARAYOK.—Sí, todavía hay tiempo, todavía.

UNIVERSO.—Y esa historia que ustedes van a dar, ¡puede suceder aquí, verdad!

GABRIEL.—Puede suceder en cualquier parte.

VIOLETA.—Así es, la Comunidad estaría alerta.

JACINTO.—¿Alerta?

GABRIEL.—Y nosotros les enseñaremos de manera divertida.

VARAYOK.—¿Nos enseñan?

VIOLETA.—Sin mala intención, Varayok.

VARAYOK.—Mi corazón quiere acercarse a ustedes, pues.

VIOLETA.—Somos vuestros amigos, Varayok.

VARAYOK.—Pero mi cabeza duda, duda. Y no sé por qué.

VIOLETA.—Será nada más que una función, Varayok.

GABRIEL.—De a mentiras, al fin y al cabo, amigos.

VARAYOK.—Sí, al fin y al cabo de a mentiras.

UNIVERSO.—¿O mejor llamamos a reunión, Varayok?

VARAYOK.—(FIRME.) ¡Tenemos reunión!

VIOLETA.—¡La Comunidad ya está avisada, Varayok!

GABRIEL.—Hemos venido de muy lejos.

VARAYOK.—Nosotros, hace mucho tiempo, vivimos muy lejos.

JACINTO.—¿Es bastante venir de muy lejos?

VIOLETA.—¿Acaso no queréis que se distraiga vuestro pueblo?

VARAYOK.—¿Te asusta, niña, que así sea? Nosotros hemos visto la verdad rodeada de funciones. Somos más viejos que lo que ven sus ojos.

VIOLETA.—Pero al menos, se alegrarán en sus fiestas, ¿no?

JACINTO.—¡Sí pues!

VARAYOK.—Ustedes perdonen, somos comuneros que no tienen buenos modales.
(COGE LA BOTELLA.) ¡Un último trago! (BEBEN LOS TRES CAMPESINOS.) ¡Tomen ustedes también!

VIOLETA.—¡Estarán esperándonos en la escuela!

UNIVERSO.—¿La escuela?

JACINTO.—Se quedó sin reparar.

VARAYOK.—Por la sequía, señores Cuchimilcos.

UNIVERSO.—Por el huayco, pues.

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) ¡Oh, Santo Dios, esto es de nunca acabar!

T E L O N

AL LEVANTARSE EL TELON, LA PAREJA ESTA EN EL MISMO LUGAR DEL COMIENZO. ALGUNOS CAMPESINOS, RAPIDAMENTE, SE ACERCAN A OBSERVAR A LA CAMIONETA.

VIOLETA.—¿Cuánto tiempo habrá que volver a esperar? Se supone que no vamos a quedarnos a vivir aquí, ¿no?

GABRIEL.—De repente.

VIOLETA.—¡Cómo que de repente!

GABRIEL.—Digo que de repente ocurre cualquier cosa. Pero no te preocupe, no son gente mala.

VIOLETA.—Bueno, si dentro de quince minutos no nos dan facilidades, nos largamos. ¿De acuerdo?

GABRIEL.—Digamos media hora.

VIOLETA.—Y media hora de función. Listo. Ni por cien mil dólares me quedaría un minuto más.

GABRIEL.—Violeta.

VIOLETA.—Sí.

GABRIEL.—Ellos no nos están atajando.

VIOLETA.—Sí, pero ya ves cómo nos demoran, cómo nos enredan, lo cual es peor.

JACINTO.—(ENTRA.) Qué pena.

GABRIEL.—¿Por qué?

VIOLETA.—¿No vamos a actuar?

UNIVERSO.—(ENTRA.) Si no fuera porque va a llover hubieran hecho la función aquí mismo.

JACINTO.—En este mismo lugar.

GABRIEL.—¿Y si no llueve?

UNIVERSO.—¿No ven que el cielo está negreando?

VIOLETA.—No.

JACINTO.—Los ojos pueden equivocarse, la naturaleza no.

VIOLETA.—¿No habrá función?

ENTRA EL VARAYOK, PENSATIVO.

VIOLETA.—¿Habrá función?

VARAYOK.—Sí.

GABRIEL.—¡En la Municipalidad, Varayok!

VIOLETA.—¡Oh, por favor, diga que sí!

VARAYOK.—Hay reunión. Estamos en juicio.

GABRIEL.—¿Juicio?

VIOLETA.—¿Con quién?

UNIVERSO.—Con la hacienda, pues.

JACINTO.—Quieren quitarnos la tierra, niñay, ¿dónde viviremos?

UNIVERSO.—¿Dónde moriremos, ah?

VIOLETA.—Ah, eso es grave. Ojalá ganen el juicio. ¿Podemos dar función en la iglesia? La iglesia es siempre un buen lugar. ¿Ustedes no son católicos?

UNIVERSO.—¿Católicos?

JACINTO.—¿Y si ustedes cometen pecados, ah?

GABRIEL.—Que va, amigos, allí nos divertiremos todos.

VIOLETA.—No será ni medio pecado. No olviden que hemos venido a trabajar.
(SONRIE.) Para ustedes.

UNIVERSO.—¿Dios estará contento?

VARAYOK.—Dios siempre está contento, porque si alguna vez se pondría triste sería como nosotros, pues.

JACINTO.—¿Y quiénes son los angelitos, ah?

VIOLETA.—¿Los angelitos? Los angelitos son los títeres de Dios. En el mejor de los sentidos.

UNIVERSO.—¿En verdad?

GABRIEL.—Claro, ahora es así. Todo cambia, incluso en el cielo.

JACINTO.—¿Ajá?

VARAYOK.—¿Dios escoge a sus titiriteros?

VIOLETA.—Así no es la cosa, Varayok.

VARAYOK.—Cuestión de religión, ¿no? Aquí todos nosotros somos Dios. Nuestros antepasados perdieron a Dios. Nosotros tuvimos que ser Dios.

JACINTO.—Un Dios jodido, pues.

UNIVERSO.—No nos quedó más remedio.

VIOLETA.—Todos somos hermanos, Varayok.

GABRIEL.—Y no estamos tan jodidos.

VIOLETA.—¿Y la función, señor Varayok?

VARAYOK.—Ah sí, la función.

GABRIEL.—En Chongosbajo dimos función en la iglesia.

VIOLETA.—¡Claro, debimos haberlo dicho al principio!

GABRIEL.—¡Fue toda la comunidad!

VIOLETA.—¡Dios se quedó feliz!

UNIVERSO.—No, no lo creo. Dios no se queda feliz, se va feliz.

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) Estos parecen ateos.

JACINTO.—Pero sí tenemos nuestro Dios, niñay, no somos herejes.

UNIVERSO.—Nuestro Dios anda por ahí, olvidado.

JACINTO.—Da pena.

UNIVERSO.—Parece perro sarnoso.

VARAYOK.—Ladra a la luna.

JACINTO.—¿Qué clase de Dios tenemos, ah?

VIOLETA.—(A GABRIEL.) ¡Dios mío, no podemos continuar así!

GABRIEL.—Les decíamos que en Chongosbajo ya dimos función.

VIOLETA.—Presentamos al Bandido Dinamita. Fue un éxito.

GABRIEL.—¡Hasta las campanas aplaudieron! ¿No lo creen?

VARAYOK.—Nuestro Dios aplaude en el surco.

JACINTO.—Canta en el agua.

VIOLETA.—(TAJANTE.) ¿Ustedes dijeron que tienen un juicio, verdad?

LOS CAMPESINOS RESPONDEN CON SU SILENCIO.

VIOLETA.—Déjennos actuar —ahora— en la Comunidad de Pasos y nosotros hablaremos con el Gobierno de Lima.

VARAYOK.—(PONIENDOLE UNA MANO EN LOS LABIOS.) Cuidado, niñay, cuidado con las palabras que sólo hablan de promesas. Mejor nada de promesas, mejor amigos. Nosotros hemos visto más promesas que las gotas de la lluvia y ninguna ha sido verdad como la lluvia. ¿Es acaso necesario prometer? (QUEDA CABIZBAJO.)

GABRIEL.—(DESPUES DE UNA PAUSA.) Seguramente es así, Varayok, por desgracia nuestra realidad está llena de promesas, pero así estamos. No sé qué decir. A veces me avergüenza no saber qué decir, ni qué hacer... Bueno, bueno, Varayok, amigos, ustedes comprenden...

JACINTO.—No comprendemos, pues.

GABRIEL.—Y claro, sin que ello signifique que nosotros vamos a dejar de lado los problemas que ustedes tienen, sinceramente, nosotros tenemos gran interés en trabajar con nuestros títeres.

UNIVERSO.—Ajá.

VIOLETA.—(SALVANDO A GABRIEL.) Nosotros quisiéramos presentarnos en

la Comunidad cuanto antes y no porque tengamos apuro, sino porque deseamos aprovechar lo mejor posible el tiempo que, ustedes amigos, nos obsequian. Por otra parte, tal vez me entusiasmé demasiado y prometí algo que reconozco que no debí prometer. Le pido disculpas, Varayok. Les pido disculpas, amigos. Perdónennos, somos forasteros y estamos nerviosos.

VARAYOK.—¿La espera los ha puesto nerviosos?

JACINTO.—¿Un poco, no?

VIOLETA.—Sí, un poco, ustedes ya lo ven, esta espera nos recorta el tiempo, nuestra labor debe continuar.

UNIVERSO.—¿Continuar?

VIOLETA.—Es indudable que hemos conversado cosas de suma importancia, pero ¿no sería mejor que ya nos pusiéramos de acuerdo para empezar a trabajar?

JACINTO.—¿Con los títeres?

GABRIEL.—Y como ustedes ya saben de qué se trata nuestra obrita.

VIOLETA.—Y considerando que no tiene nada de malo y sobre todo contando con vuestro permiso.

VARAYOK.—¿Permiso?

GABRIEL.—Usted nos dio su palabra, Varayok.

VIOLETA.—¡Eso es muy cierto, todos somos testigos!

GABRIEL.—Por eso es que avisamos a la Comunidad.

VIOLETA.—No puede habérsele olvidado, ni siquiera hace más de una hora de sesenta o setenta minutos, Varayok.

VARAYOK.—¿Cómo está la iglesia?

UNIVERSO.—Como siempre, Varayok.

JACINTO.—Descuidada y vieja.

UNIVERSO.—Pero si se nota.

JACINTO.—(A LA PAREJA.) Costumbre es, amigos.

UNIVERSO.—El Dios que nos trajeron nunca fue buen trabajador.

JACINTO.—Mejor es el gallo, pues.

VARAYOK (A LA PAREJA.) ¿Han visto que nuestra Comunidad es pobre?

UNIVERSO.—¿La han visto, señores Cuchimilcos?

JACINTO.—¿Cómo no la van a ver con tan tremendos ojos, no?

VIOLETA.—Sí, es bastante modesta. Podría mejorar mucho.

UNIVERSO.—¿Y han visto a la iglesia?

GABRIEL.—No.

VIOLETA.—Sí.

JACINTO.—Los manteles son nuevos.

UNIVERSO.—Pero los santos son viejos.

VIOLETA.—¿Y las flores frescas?

VARAYOK.—Son de plástico.

JACINTO.—Plástico, pues.

UNIVERSO.—Las trajo Joe.

JACINTO.—Especialmente.

UNIVERSO.—Y con una Condecoración para Dios.

JACINTO.—Dijo que le costó harta plata, allá en Lima, pues.

GABRIEL.—¿Quién es Joe?

VARAYOK.—Ya lo conocerán. Habría que pegarle una barridita.

VIOLETA.—¿A Joe?

UNIVERSO.—A la iglesia.

VIOLETA.—¿Entonces, señor Varayok?

JACINTO.—La otra semana, los chicos mataron a los ratones y a las arañas.

UNIVERSO.—También mataron a una culebra. Así de este porte.

VIOLETA.—¿En la iglesia?

JACINTO.—Sí pues.

GABRIEL.—Ah, entonces ahora Dios estará más cómodo.

VIOLETA.—¡No empieces Gabriel!

UNIVERSO.—La verdad es, Dios siempre está cómodo.

JACINTO.—Y seguro, su madre, la Virgen María.

UNIVERSO.—Y el Niñito Dios, su hermano menor.

JACINTO.—¿Y el señor cura?

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) ¡Qué tal palabreo!

GABRIEL.—Violeta, están hablando del cura.

JACINTO.—Dicen que vive en la hacienda.

UNIVERSO.—Nadie sabe dónde vive el cura.

JACINTO.—Aquí viene por la caridad y en la hacienda está por la seguridad, pues.

VARAYOK.—Se parece a su Dios. (RIE.)

VIOLETA.—¿Entonces, damos función en la iglesia, Varayok?

JACINTO.—Puede que sea pecado, pues.

GABRIEL.—Pero el cura no está, amigos. Ni siquiera tendrá porque enterarse, salvo que ustedes lo quieran.

VIOLETA.—En Chongosbajo no estuvo.

GABRIEL.—Dimos doble función y no pasó nada.

VIOLETA.—Nos dijeron que sólo va a decir misas.

UNIVERSO.—En la Semana Santa, las fiestas Patrias, la Navidad —un ratito— y en su cumpleaños.

JACINTO.—Es un cura con muchos cumpleaños.

UNIVERSO.—Mientras más le regalan, más cumpleaños tiene, pues.

VARAYOK.—Hora es de irnos. El asunto del juicio es más importante. Ahí no se puede dudar. No hay tiempo para dudar.

UNIVERSO.—Apenas para vivir.

VIOLETA.—¿Nos da permiso?

JACINTO.—Todos estaremos en la reunión.

VIOLETA.—¡Ah, caramba, esperaremos! ¡Usted nos dio su permiso, Varayok, no puede negarse!

VARAYOK.—Soy un Varayok. Mi palabra es la palabra de la Comunidad. (COGE SU BASTON DE MANDO.)

VIOLETA.—Pero ¿por qué no nos dijeron antes?

UNIVERSO.—¿Antes qué?

GABRIEL.—Que se iban a reunir para ver lo del juicio.

JACINTO.—Es que ustedes recién están llegando, pues.

VARAYOK.—Mientras tanto, señores Cuchimilcos, hablen con el sacristán. Ese nunca se mueve de la iglesia.

UNIVERSO.—A no ser que sea por el aguardiente.

VARAYOK.—Nos vamos. No le vayan a mencionar al diablo.

GABRIEL.—Muy agradecidos, Varayok.

VIOLETA.—Le diremos que vamos en su nombre.

VARAYOK.—Díganle que van en nombre de la Comunidad de Pasos. (SALE SEGUIDO DE UNIVERSO.)

JACINTO.—(ANTES DE SALIR.) Nosotros iremos después, a ver la función, pues.

T E L O N

UN TELONCITO EN DONDE ESTA PINTADA UNA PEQUEÑA IGLESIA DE TECHO DE CALAMINA CON SU TORRECITA Y SU CAMPANARIO. SE ESCUCHAN TRUENOS. EMPIEZA A LLOVER. ANOCHECE.

NARRADOR.—(CON EL HABITO DEL SEÑOR DE LOS MILAGROS Y UNA CRUZ GRANDE EN EL PECHO.) La Compañía de Títeres, los Cuchimilcos del Perú, aunque un poco desconcertados, no iban a desanimarse así nomás porque sí. Quizá ya no se trataba solamente de dar una función. Violeta y Gabriel estaban encorajinados. La cosa con tanta vuelta y espera se había convertido en un desafío. Era una cuestión de principios. Por otra parte, nuestros eufóricos amigos, desde hacía un año, andaban por todas las regiones serranas de la patria y jamás habían suspendido una representación. Por ningún motivo. Bien. Apenas se fueron los tres comuneros, los Cuchimilcos del Perú corrieron a la iglesia. El sacristán había terminado su última botella, del fuerte, y dormía casi como un angelito. (ACTUA, SE RECUESTA BOTELLA EN MANO, TARAREA. RONCA. DEJA CAER LA BOTELLA. HABLA ENTRE SUEÑOS.)

SACRISTAN.—Ya pues cholita, no te hagas, ¿sabida eres, no? ¿Acaso no sé que eres más abierta que la puerta de la iglesia? Ya pues, Florindita, hace tiempo que ando solterito. ¿Acaso miento, yo el sacristán? Ya pues no me hagas sufrir que estoy muy aguantado...

VOZ DE VIOLETA.—(TOCANDO LA PUERTA.) ¡Señor sacristán!

SACRISTAN.—(DESPERTANDO BRUSCAMENTE.) ¿Quién? ¿Ah, ah? ¡Ah, me cortan en lo mejor de mi sueño? (AUN ESTA BORRACHO.) De verdad voy agarrarla a la Florinda. ¿Me ayudarás, Dios mío? (SE HINCA A REZAR.)

LA PAREJA.—¡Señor sacristán, señor sacristán!

SACRISTAN.—¡No hay nadie!

LA PAREJA.—¡Tenemos que hablarle!

SACRISTAN.—Más tarde será, chispas.

LA PAREJA.—¡Ahora mismo! (ENTRAN.)

SACRISTAN.—Ohhh, Dios mío, Jesús, María y José.

VIOLETA.—Perdone, no había otro remedio. No quisimos asustarlo.

GABRIEL.—Afuera llueve.

SACRISTAN.—¿Para qué buscan al sacristán?

VIOLETA.—¿Usted no es el sacristán?

SACRISTAN.—¿Para qué lo buscan?

GABRIEL.—¿Dónde está el sacristán?

VIOLETA.—¿Es usted?

SACRISTAN.—Así fuera, ¿qué, chispas?

VIOLETA.—¡Es usted el sacristán!

SACRISTAN.—«Soy el que soy». ¿Quién más podría serlo? Soy el sacristán. Por eso preguntaba. Buenas tardes.

VIOLETA.—Ya es de noche.

GABRIEL.—Buenas noches.

SACRISTAN.—Persígnense primero. (SE PERSIGNAN LOS TRES.) No quiero pecadores en el templo del Señor. Amén.

VIOLETA.—Señor sacristán, venimos en nombre del Varayok.

GABRIEL.—En nombre de la Comunidad de Pasos.

SACRISTAN.—¿Son casados?

VIOLETA.—Más o menos.

SACRISTAN.—¡Chispas!

GABRIEL.—Sí, somos casados.

SACRISTAN.—Ah, ¿de dónde vienen?

VIOLETA.—De Lima.

SACRISTAN.—Conozco Lima. ¿Qué más?

VIOLETA.—Somos artistas.

GABRIEL.—Hace una hora subimos a tocar la campana.

SACRISTAN.—¿Cuál campana?

VIOLETA.—La de la iglesia. ¿Hay otra?

SACRISTAN.—No hay otra.

GABRIEL.—Tocamos la campana de aquí, señor sacristán.

SACRISTAN.—¿Cómo entraron?

GABRIEL.—¿Adónde?

SACRISTAN.—A tocar la campana, chispas.

VIOLETA.—Subimos con una escalera. Por afuera.

SACRISTAN.—¿Por qué no tocaron la puerta?

VIOLETA.—No respondía nadie. Tuvimos que hacerlo.

SACRISTAN.—¿Para qué?

GABRIEL.—Para avisar a la Comunidad.

SACRISTAN.—¿Y cómo no escuché yo, ah?

VIOLETA.—Tal vez estaba usted dormido, señor sacristán.

SACRISTAN.—¿Y tocaron la campana?

GABRIEL.—Más de diez minutos.

VIOLETA.—Hemos podido robarnos la iglesia.

SACRISTAN.—¡Eran las campanadas! ¡Yo creí que me había soñado, chispas!

¿Saben una cosa? Estoy enamorado.

GABRIEL.—Ah, cuando uno está enamorado oye sonar campanitas.

VIOLETA.—Campanotas.

SACRISTAN.—Por favor, las campanadas de aquí son sagradas. ¡Oh cómo me duele esta cabeza!

VIOLETA.—¿Será por el aguardiente, no?

SACRISTAN.—Soy el sacristán.

GABRIEL.—El Varayok nos dijo que habláramos con usted.

VIOLETA.—Somos titiriteros.

SACRISTAN.—¿Ti te ri te te ti ti?

GABRIEL.—La compañía de Títeres, los Cuchimilcos del Perú.

SACRISTAN.—(ABRUMADO.) ¿Y yo qué soy? ¿Hijo de cura acaso? No entiendo.

VIOLETA.—Está malinterpretándonos, señor sacristán. Somos artistas.

GABRIEL.—Trabajamos con estos muñequitos.

VIOLETA.—Estos muñequitos se llaman títeres.

SACRISTAN.—Chispas.

VIOLETA.—Como ve, nosotros los hacemos moverse.

GABRIEL.—Somos titiriteros, señor sacristán.

SACRISTAN.—¡Chispas!

VIOLETA.—¿Verdad que son preciosos?

SACRISTAN.—¿Y quién les ha hecho esos ojos, esa nariz, esa boca, esa ropita, ah?

LA PAREJA.—(SONRIENDO.) Nosotros, nosotros. (LE HAN IDO ACERCANDO LOS TITERES Y GRITAN DE SORPRESA.) ¡Guaaaá! (EL SACRISTAN SE ESPANTA, SALTA HACIA ATRAS, SE PERSIGNA. SE APRESTA A DEFENDERSE CON LA CRUZ.) Son juguetes, no tema, señor sacristán. ¡Oh, señor sacristán!

SACRISTAN.—¡Se me fue la borrachera, chispas, casi me asusto!

VIOLETA.—Nosotros también.

SACRISTAN.—¿Y quién se va asustar de esos muñequitos, ah?

GABRIEL.—Nadie, señor sacristán.

SACRISTAN.—¿Para qué sirven?

VIOLETA.—Para distraer a los niños, a los adultos.

GABRIEL.—A todos.

SACRISTAN.—¿Cuáles adultos?

VIOLETA.—Los mayores.

SACRISTAN.—¿A los que tienen Libreta Militar?

VIOLETA.—A los que tienen Libreta Electoral.

SACRISTAN.—¿A los que votan en las elecciones por el Gobierno Lima, ah?

GABRIEL.—A todititos, señor sacristán.

VIOLETA.—A través de los títeres, aprendemos o recordamos cosas simpáticas de la vida. Los problemas quedan atrás, ¡fuera preocupaciones!

SACRISTAN.—¿Adónde tiramos las preocupaciones?

GABRIEL.—Quisimos decir...

VIOLETA.—Que los títeres alegran, relajan, señor sacristán. Usted podrá divertirse mucho con su novia y cuando se case con su esposa y sus hijitos.

SACRISTAN.—Chispas, si parecen hechura del diablo.

VIOLETA.—Tóquelos.

GABRIEL.—No tenga miedo.

VIOLETA.—No se lo van a comer, señor sacristán.

SACRISTAN.—(RECIBIENDO EL TITERE.) ¡Ah carajo, qué bonitos! ¿Y quién les ha hecho esas manitas, ah?

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) Este se cree Caperucita Roja.

SACRISTAN.—¿Quién les ha hecho esos deditos?

GABRIEL.—Nosotros, señor sacristán.

SACRISTAN.—Ah, yo creía que no.

VIOLETA.—¿Y por qué no, señor sacristán?

SACRISTAN.—¿Por qué? Porque sí, pues.

LA PAREJA.—Ahhh.

SACRISTAN.—¿Extrañados están?

VIOLETA.—Oh no, todo es tan natural y sencillo...

SACRISTAN.—(DE SUBITO.) ¡Nos ponemos de acuerdo!

LA PAREJA.—Claro, naturalmente.

SACRISTAN.—¿Cómo es esa historia del Bandido Dinamita?

GABRIEL.—¿Cómo lo sabe?

SACRISTAN.—¿Cómo lo sé qué?

VIOLETA.—¿Cómo sabe que le vamos a contar la historia del Bandido Dinamita?

SACRISTAN.—Me lo dijo un pajarito. (RIE.) Pero no me la contó.

LA PAREJA.—(RIENDO.) Nosotros se la contaremos.

MUSICA. CANTAN EL TEMA DEL BANDIDO DINAMITA. BAILAN CON LOS TITERES MIENTRAS VAN ARMANDO EL PEQUEÑO ESCENARIO.

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) Todo quedó listo.

GABRIEL.—(AL PUBLICO.) Sólo faltaba empezar la función.

VIOLETA.—(AL PUBLICO.) Menos mal que el sacristán... ¿Señor sacristán?

GABRIEL.—¿Qué le sucede?

SACRISTAN.—Creo que me duele mi barriga.

VIOLETA.—Algo que comió, tal vez.

GABRIEL.—¿No será el aguardiente?

VIOLETA.—Tenemos Alka-Seltzer, a Dios gracias.

SACRISTAN.—(MUY SERIO.) Chispas, al sacristán no le sucede nada. Le pasa una cosa que acaba de recordar su cabeza.

GABRIEL.—¿Qué cosa, señor sacristán?

SACRISTAN.—No, nada. Nada.

LA PAREJA.—¿Qué cosa, señor sacristán?

SACRISTAN.—No griten al sacristán. El no es sordo.

VIOLETA.—Disculpe, pero nos preocupa su salud.

SACRISTAN.—¿El Varayok los envió a conversar con el sacristán?

LA PAREJA.—Sí, sí, señor sacristán.

SACRISTAN.—¿Tienen el permiso de la Comunidad?

LA PAREJA.—Sí, señor sacristán.

SACRISTAN.—Así será.

VIOLETA.—Así es, señor sacristán.

GABRIEL.—El Varayok nos dio su palabra.

SACRISTAN.—La palabra del Varayok es la palabra de la Comunidad. Así se hará.
Chispas.

VIOLETA.—Usted disculpará las molestias, señor sacristán. Le estamos muy agradecidos.

GABRIEL.—Gracias, señor sacristán.

EL SACRISTAN PERMANECE IMPAVIDO.

LA PAREJA.—¿Señor sacristán?

SACRISTAN.—No le digan tanto «señor» al sacristán. Sólo el Señor está en los cielos.

GABRIEL.—Perdone, estamos un poco nerviosos.

VIOLETA.—Usted sabe, la altura.

GABRIEL.—Nos dio soroche.

SACRISTAN.—Bueno, *aunque no lo creas, míralos dos veces*, como dijo nuestra Patrona, Santa Rosa de Lima. El Sacristán debe irse. Tiene una reunión. La Comunidad de Pasos está en juicio con la Casa-hacienda. Ustedes quédense con su compañía de títeres. Den función. El sacristán debe apurarse porque la reunión debe haber empezado, chispas. (SALE.)

LA PAREJA.—(AL PÚBLICO.) ¿Qué hubieran hecho ustedes? ¿Suspender la función? No. Jamás. Nunca.

GABRIEL.—(COMPROBANDO.) La lluvia aumentaba.

VIOLETA.—Oscureció del todo.

GABRIEL.—Juntamos...

VIOLETA.—Y encendimos todas las velas. Parecía un velorio.

GABRIEL.—¿Y la Petromax?

VIOLETA.—¿Y la linterna?

GABRIEL.—Voy a traerlas.

VIOLETA.—Y a ver cómo apuras a la gente. (GABRIEL SALE.)

EN LA VENTANA APARECEN DOS CAMPESINOS. VIOLETA SE VUELVE Y ELLOS SE OCULTAN. ELLA CORRE A LA PUERTA.

VIOLETA.—¡Pasen, amigos, adelante, están invitados! (LOS CAMPESINOS ENTRAN APENAS UNOS PASOS.) La compañía de títeres los invitan, gratuitamente, a ver la Historia del Bandido Dinamita. (LOS CAMPESINOS HAN SONREIDO AL MIRAR AL TITERE Y DE REPENTE SALEN CORRIENDO.) ¡Pase, señor, por favor, pase, pasen, amigos!

GABRIEL.—(CON LAS COSAS.) ¿Y el público? (NO HAY RESPUESTA.) Yo tampoco pude traer a nadie.

VIOLETA.—Quizá necesitamos más luz.

GABRIEL.—Ya es suficiente.

VIOLETA.—¿Por qué no querrán venir?

GABRIEL.—Será por el juicio.

VIOLETA.—Ah, sí, la reunión. ¿Cuánto tiempo estamos aquí?

GABRIEL.—¿Dónde?

VIOLETA.—¡Aquí en esta bendita iglesia!

GABRIEL.—Más de una hora. Hora y media.

VIOLETA.—¿Cómo está el pueblo?

GABRIEL.—Callado. No se ve ni un alma.

VIOLETA.—¿Por qué?

GABRIEL.—Estos pueblos son así, Violeta.

VIOLETA.—Me dan ganas de ir a traerlos con un revólver.

UN PERRO LADRA DESDE LA CALLE.

LA PAREJA.—(CON AMABLES LADRIDOS.) Perrito, perrito, ven, ven, no te vayas, ven amiguito, ¿quieres ver al Bandido Dinamita? (EL PERRO GRUÑE, CAMBIA DE LADRIDO Y SE ALEJA.)

VIOLETA.—¡Oh, qué mala pata, corrimos a nuestro primer asistente!

GABRIEL.—Están apagando las velas de las casas.

VIOLETA.—¿Qué diablos pasa aquí?

GABRIEL.—¡Heeeey, amigos comuneros!

VIOLETA.—Maldición.

GABRIEL.—Es incomprensible. Universo y Jacinto se portaron bien.

VIOLETA.—Tanto hablar para nada... ¡Por gusto!

GABRIEL.—El Varayok nos dio permiso.

VIOLETA.—¿Y el *señor* sacristán?

GABRIEL.—¿Acaso negó el permiso?

VIOLETA.—¡No entiendo!

GABRIEL.—Y qué bien que lo pasaron con el cuento del Bandido. Qué raro.

VIOLETA.—Gente extraña, muda, habladora. No entiendo.

JOE.—(EN LA PUERTA.) ¿Con permiso?

LA PAREJA.—(DESPUES DE LA SORPRESA.) ¡Adelante, pase usted, amigo, póngase cómodo, adelante!

JOE.—No quisiera molestar.

LA PAREJA.—¡No, al contrario, de ninguna manera!

JOE.—Aunque si interrumpo, yo, yo...

LA PAREJA.—¡No nos interrumpa!

JOE.—Quizá soy inoportuno...

LA PAREJA.—¡No señor, no es inoportuno!

JOE.—¿Me esperaban?

LA PAREJA.—¡Sí, sí, lo esperábamos, créanos, amigo!

JOE.—¿De dónde me conocen, ah?

VIOLETA.—Bueno, no hemos sido presentados, necesariamente.

GABRIEL.—Pero eso no impide que seamos amigos, ¿no?

VIOLETA.—Siempre llegamos como amigos.

JOE.—(SE PASEA.)

GABRIEL.—(SIGUIENDOLO.) Somos artistas.

VIOLETA.—(IDEM.) Venimos de Lima.

JOE.—Viéndolos estoy. ¿Venden alguna cosa?

LA PAREJA.—¡Somos titiriteros!

JOE.—¡La Compañía de Títeres, los Cuchimilcos del Perú!

GABRIEL.—Oh, nos reconoce.

JOE.—Hummm.

VIOLETA.—Muchas gracias.

GABRIEL.—Hemos venido a presentarnos aquí.

VIOLETA.—Especialmente.

GABRIEL.—Y para ello hemos tenido que variar todo nuestro plan de trabajo.

JOE.—¿Especialmente?

VIOLETA.—Correspondiendo a la pronta hospitalidad con que nos han obsequiado.

GABRIEL.—La función será para toda la Comunidad de Pasos.

JOE.—Hummm.

VIOLETA.—El arte es un medio de comunicación social.

GABRIEL.—Comunicación humana.

JOE.—¿Por qué?

GABRIEL.—El arte, siempre ha estado codo a codo con el hombre. Los pueblos más desarrollados tuvieron mayores expresiones artísticas. Los títeres, por ejemplo, formaron parte de la cultura del antiguo Egipto, todavía se conserva la cabeza móvil del chacal, divinidad que junto...

JOE.—No comprendo.



VIOLETA.—Queremos decirle —y disculpe si no hemos sabido ser más precisos— que estamos aquí con el deseo de brindarles un momento de tranquilidad y recreo.

JOE.—(SE PASEA.)

GABRIEL.—Mi compañera se llama Violeta. Yo me llamo Gabriel.

VIOLETA.—Somos casados.

JOE.—Me llamo Joe.

LA PAREJA.—¿Joe?

JOE.—Con jota. Me gusta la jota.

GABRIEL.—El Varayok nos habló de usted.

VIOLETA.—Nos dijeron que usted había traído las flores de plástico y la condecoración para el Señor. (LO SEÑALA.)

JOE.—Hummm.

GABRIEL.—(CON CUIDADO.) ¿A venido a ver la función?

JOE.—(DESPUES DE UNA PAUSA, SORPRESIVAMENTE GOLPEA LAS MANOS.) ¡Bueno!

LA PAREJA.—(SOLICITA.) ¿Sí, sí?

JOE.—Debo hablar.

VIOLETA.—Usted dirá.

GABRIEL.—(DESPUES DE UNA BREVE PAUSA.) Lo escuchamos.

JOE.—¿Están muy preocupados?

VIOLETA.—Pensamos...

GABRIEL.—Que ya debía haber llegado la gente.

JOE.—¿Cuál gente?

VIOLETA.—La Comunidad.

JOE.—¿Para empezar la función?

LA PAREJA.—Sí.

JOE.—(SE PASEA.) Hummm.

VIOLETA.—¿Por qué no vienen?

GABRIEL.—¿Pasa algo?

JOE.—Siempre está pasando algo en la vida, amigos míos.

VIOLETA.—Sí, pero nosotros nos referíamos a este lugar.

JOE.—Este lugar también es la vida.

VIOLETA.—¿Nos ayudará? ¡No nos iremos sin dar función!

GABRIEL.—Sería una lástima que tuviéramos que irnos sin poder presentarnos.

JOE.—Soy el Personero.

VIOLETA.—¿Nos ayudará, verdad?

JOE.—En un Personero, antes que lo personal, cuenta el interés de la Comunidad.

GABRIEL.—Nos parece muy bien, señor Personero.

VIOLETA.—¡Lógico, usted ha venido a darnos una manita!

JOE.—Hummm, seguro no soy tan instruido y leído como ustedes, amigos titiriteros, pero algo sé. He andado por muchos sitios, la selva, el río, la montaña, el desierto, la ciudad. Casi me muero un montón de veces y ya ven que estoy vivo. ¿He de morir viejo? Quizá, así será.

VIOLETA.—Es usted joven, señor.

JOE.—Me llamo Joe porque dicen que mi padre era un antropólogo, gringo, americano. Mi madre era soltera cuando él pasó por aquí, claro que todavía no era mi madre. Dicen que mi padre había venido a estudiarnos. Como ven, todas las cosas tienen explicación. ¿Qué me dicen?

VIOLETA.—¿Qué desea que le digamos, señor Personero? Nosotros queremos empezar a trabajar cuanto antes.

JOE.—¿Nada más?

GABRIEL.—¿Nada más, qué, señor Personero?

VIOLETA.—Venimos dando funciones por toda la serranía. ¿Le parece poco?

JOE.—Me parece poco su trabajo, pero mucho su esfuerzo.

VIOLETA.—¿Cómo dijo?

JOE.—Hummm. ¿Me prestan un títere?

LA PAREJA SE MIRA ENTRE SI, VACILA.

GABRIEL.—(CHEQUEA LA HORA EN SU RELOJ.) Esta es la esposa del Bandido Dinamita.

VIOLETA.—Este es el Dormilón.

JOE.—¿Y ése?

GABRIEL.—El Policía.

VIOLETA.—Y este es el Bandido Dinamita.

JOE.—Conozco el cuento. (DEVUELVE LOS TITERES.)

VIOLETA.—La función es gratuita.

JOE.—¿Y a ustedes, quién les paga?

GABRIEL.—La Reforma Agraria.

VIOLETA.—Del Ministerio de Agricultura.

GABRIEL.—Pero no somos empleados.

VIOLETA.—Sólo estamos contratados.

GABRIEL.—Para hacer divulgación cultural.

VIOLETA.—No somos políticos.

JOE.—¿Y son artistas?

GABRIEL.—Sabemos que el Arte debe ser libre.

JOE.—Hummm. (SE PASEA.)

VIOLETA.—Nuestra labor también se desenvuelve en la compilación de algunos datos de los pueblos que recorremos.

GABRIEL.—Recogemos datos acerca del folklore, la cerámica...

VIOLETA.—En fin, las cosas del pueblo.

JOE.—¿Para qué?

VIOLETA.—Para incorporarlas a nuestro trabajo...

GABRIEL.—En Lima presentaremos un informe.

VIOLETA.—Seguro que lo aprueban.

JOE.—¿Qué?

GABRIEL.—El informe.

JOE.—Hummm.

VIOLETA.—Y así, en ese plan, divulgamos —en la medida de nuestras posibilidades— las inquietudes de la gente.

JOE.—¿Y de la Comunidad de Pasos, qué dirán en su informe?

GABRIEL.—La verdad.

VIOLETA.—Después de la función habrá un pequeño diálogo.

JOE.—Nosotros somos desconfiados de nacimiento. Necesitamos hablar dos veces.
¿Saben hablar quechúa?

GABRIEL.—Entiendo algo.

VIOLETA.—(SONRIENDO.) Yo no entiendo nada.

JOE.—Me voy.

LA PAREJA.—¿Cómo, no va a quedarse? (JOE SALE.)

VIOLETA.—Qué maleducado. ¿Qué hacemos?

GABRIEL.—(INSEGURO.) Esperar.

VIOLETA.—¿Y si no viene nadie?

GABRIEL.—Algo tendrá que pasar.

VIOLETA.—¿Te conformas con eso?

GABRIEL.—No.

VIOLETA.—¿Entonces?

GABRIEL.—(DESPUES DE UNA PAUSA.) No le entendí nada.

VIOLETA.—¿A quién?

GABRIEL.—A Joe.

VIOLETA.—Que va. ¿Te molesta no haberle entendido?

GABRIEL.—Creo que sí.

VIOLETA.—Yo tampoco le entendí. Y no me molesta.

GABRIEL.—¿Y?

VIOLETA.—Es toda esta atmósfera, este lugar. Me siento fuera de mí, totalmente des centrada. Es un fastidio.

GABRIEL.—Parece que estuviéramos separados.

VIOLETA.—Somos forasteros, estamos de paso. ¡Qué diablos, tenemos que dar función!

GABRIEL.—(SIN MOVERSE.) Quisiera pensar en algo, algo.

VIOLETA.—Gabriel.

GABRIEL.—¿Ah, qué?

VIOLETA.—¿Vas a quedarte oyendo caer la lluvia?

GABRIEL.—¿Alguna vez te pusiste a escuchar la lluvia, de verdad?

VIOLETA.—¡Gabriel!

GABRIEL.—Ah, sí, la función.

VIOLETA.—¡Qué hacemos!

GABRIEL.—(CON CALMA.) ¿Qué podríamos hacer?

VIOLETA.—Oh. (DESPUES DE UNA PAUSA.) ¡Apaguemos las luces!

LO HACEN. AL INSTANTE, POCO A POCO EMPIEZAN A ENTRAR LOS COMUNEROS, SIGILOSAMENTE.

VIOLETA.—¿Ves, no te dije?

GABRIEL.—Chist.

VIOLETA.—¿Empezamos?

GABRIEL.—¿Lista?

VIOLETA.—¡Lista! ¡La Petromax!

GABRIEL.—Lista. ¿Lista la grabadora?

VIOLETA.—Lista. Ahora. (SE OYE EL TEMA DEL BANDIDO DINAMITA.)

EMPIEZA LA FUNCION DE TITERES. LOS CAMPESINOS APLAUDEN. RISAS Y EXCLAMACIONES. DE PRONTO SUENA UNA PIEDRA EN LAS CALAMINAS DEL TECHO. LA FUNCION SE DETIENE UNOS INSTANTES Y CONTINUA CON MAS RITMO.
CON MAS ANIMO.

EL BANDIDO.—Robaré yucas/ para San Lucas.

LA ESPOSA.—Robaré ollucos/ para los tucos.

LOS DOS.—Robemos muy bien muy bien.

CAE OTRA PIEDRA EN EL TECHO. SILENCIO. EXPECTACION.

VOZ DE AFUERA.—(POTENTE.) ¡Pac'carin c'cama!

LOS CAMPESINOS SALEN CORRIENDO. LA PAREJA LOGRA DETENER A ALGUNOS.

LA PAREJA.—¡No se vayan, amigos! ¡Quédense! Amigos, vengan! ¡Hablemos, no se vayan! ¡Por favor!

DOS PEDRONES Y AHORA SI TODOS LOS CAMPESINOS DESAPARECEN.

VIOLETA.—Se fueron.

GABRIEL.—Todos.

VIOLETA.—(GRITA.) ¡Por qué!

GABRIEL.—(CALMO.) Sí, por qué.

VIOLETA.—Ohhh.

GABRIEL.—Quizá tienen miedo.

VIOLETA.—¿De nosotros?

GABRIEL.—De algo que, nosotros según ellos...

VIOLETA.—No molestes. Si estamos *casi* en sus manos, ¿te das cuenta?

GABRIEL.—No.

VIOLETA.—(GRITA A LA CALLE.) ¡Quién tiene miedo! (A GABRIEL.) Oh, quisiera llorar.

GABRIEL.—No serviría de nada.

VIOLETA.—Pero qué diablos han visto en nosotros, Gabriel, ¿qué, qué y qué?

GABRIEL.—Algo, algo.

VIOLETA.—Daría un centavo por saberlo. Te lo juro. ¿Estuvo el Personero?

GABRIEL.—¿Dónde?

VIOLETA.—¡En la función!

GABRIEL.—Ah, el Personero, el último que habló con nosotros.

VIOLETA.—No digas el «último».

GABRIEL.—¿Tenemos miedo?

VIOLETA.—No. ¿Y el Varayok? ¡El Personero debió venir, ese idiota llamado Joe, él es el *Personero*, es lógico que viniera!

OTRA PIEDRA EN EL TECHO.

GABRIEL.—Apaga la Petromax.

VIOLETA.—No. (EMPIEZA A ENCENDER TODAS LAS VELAS.) ¿Qué fue lo que gritaron?

GABRIEL.—No entendí.

VIOLETA.—¿Por qué no vuelven a gritar? (DESPUES DE UNA PAUSA.) ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

GABRIEL.—Eso me pregunto. ¿Parece un misterio, verdad?

VIOLETA.—Bah, hemos estado en toneladas de lugares como este, ¿no?

GABRIEL.—No como este.

VIOLETA.—¿Dónde está la diferencia? Recua de hambrientos.

GABRIEL.—¿Por qué le dices eso?

VIOLETA.—¿No les viste la cara?

GABRIEL.—Cuando era niño y no teníamos qué comer, mi madre siempre me contaba el mismo cuento, con algunas variantes, claro. Lo hacía para distraer mi hambre. Yo quería escucharla y sin quererlo me portaba mal, algo sucedía, algo más allá de mi conciencia. Creo que nos mirábamos como extraños, pero con ternura. Mi madre cantaba despacito, era una canción de San Pedro y San Pablo. A veces lograba hacerme olvidar al hambre.

VIOLETA.—Gabriel.

GABRIEL.—¿Vieras? Hasta me hacía dormir, y soñar. Mi abuelo solía decir que lo más jodido del mundo es ponerse a soñar con el estómago vacío, pero

eso fue muchos años después, quizá cuando ya no era necesario oírlo decir.

VIOLETA.—¿Gabriel, qué te pasa?

GABRIEL.—Sin embargo, más que por el hambre, el frío y el cuento o el canto de mi madre, creo que estábamos unidos por algún extraño miedo que nos apenaba a nosotros mismos. Ni siquiera el sueño nos unía. ¿Y ahora?

VIOLETA.—¿Ahora?

GABRIEL.—Ahora quisiera tener ese miedo.

VIOLETA.—Valiente ayuda. (SE ALEJA.)

GABRIEL.—Violeta.

VIOLETA.—Sí, te escucho.

GABRIEL.—Yo también, de alguna manera, pertenezco a esa recua de hambrientos. alguna vez pensé que el miedo es el sexto sentido de los pobres diablos, o quizá el primero. Qué memoria, acabo de recordarlo.

VIOLETA.—¿Qué tienes, Gabriel?

GABRIEL.—Nada.

VIOLETA.—¿Has olvidado que estamos metidos en este lío? Si te preocupa la miseria de los indios —si es eso—, piensa que nosotros no podemos hacer nada. Es asunto del Gobierno. Eres hombre o qué. Al menos debieras infundirme valor. ¿No ves cómo tiemblo, maldita sea? Es la primera vez que te veo así, ¿no te parece que ya es bastante?

GABRIEL.—(INTENTANDO SONREIR.) Es la primera vez que yo también me veo así, Violeta, es la primera vez.

VIOLETA.—Ya lo veo. Buena hora escogiste. Te felicito.

GABRIEL.—¿Te estás burlando? ¿Hemos estado viviendo en otro planeta?

VIOLETA.—¡Hagamos algo, Gabriel! ¡No vamos a quedarnos eternamente aquí!

GABRIEL.—Bueno, y quién nos ataja. Larguémonos.

VIOLETA.—¡Dios mío, pero quién puede saber lo que están tramando!

GABRIEL.—Entonces esperemos. El Varayok sabe que estamos aquí.

VIOLETA.—¿Escuchas? (RUMOR DE VOCES.)

GABRIEL.—¡Vaya, vaya, vinimos a divertirlos y estamos atrapados! (RIE.)

VIOLETA.—(GRITA.) ¡Pasen, señores y señoras, niñas y niños, la Compañía de Títeres, los Cuchimilcos del Perú los invitan a pasar el momento más alegre de su cochina vida; pasen, damas y caballeros! ¡Pasen, maldita sea!

GABRIEL.—(CONTROLANDOLA.) Desarmemos la escenografía.

LO VAN HACIENDO.

VIOLETA.—Y el sacristán nos dará la bendición, ¿no?

GABRIEL.—¿Te das cuenta que llamaste a los niños, Violeta?

VIOLETA.—¿Qué, no estamos desarmando las cosas para darnos valor?

GABRIEL.—¡Los niños, Violeta!

VIOLETA.—¡No friegues tú también!

GABRIEL.—Violeta, ¿viste a un niño en el pueblo?

VIOLETA.—Estarían en la escuela, ¿cómo quieres que lo sepa?

GABRIEL.—Deberíamos haber visto uno. Acá en la función por ejemplo. No hemos visto a un solo niño.

VIOLETA.—No hemos visto a un solo chico. ¿Qué hay con eso?

GABRIEL.—¡Dios mío, este es un pueblo sin niños!

VIOLETA.—Tremendo descubrimiento.

GABRIEL.—No puede ser. (OTRA PIEDRA AL TECHO.)

VIOLETA.—¡Váyanse al carajo! (AUMENTAN LAS PIEDRAS Y LOS GRITOS DE LOS COMUNEROS. CAE UNA CALAMINA DEL TECHO.) ¡Qué quieren de nosotros! ¡Hableen, indios bestias, salvajes! (GABRIEL LA ABRAZA.) Oh, aquí nos matan.

GABRIEL.—No, ellos no quieren nuestra muerte.

VIOLETA.—¿Entonces, por qué? ¿Por qué?

GABRIEL.—Cálmate.

VIOLETA.—Tumbarán la iglesia, Gabriel, no son católicos, no creen en Dios. (LLORA.)

GABRIEL.—¿Crees que para matar hay que ser necesariamente ateo?

VIOLETA.—¿Y si son ladrones, abigeos?

GABRIEL.—Es gente que esconde todo, que se hace oír sólo en la oscuridad, que acepta vivir en su propio encierro... que oculta a sus hijos...

VIOLETA.—¡Qué hacemos, Gabriel!

GABRIEL.—¿Te das cuenta, y no es una pesadilla? Ah, con palabras tan extrañas nos han enseñado a comunicarnos.

VIOLETA.—¡Oh, qué importa, Gabriel!

GABRIEL.—Sí, sí importa.

VIOLETA.—¡Nos matan, nos matan, Gabriel!

GABRIEL.—¡Aquí no se muere nadie, Violeta, nadie!

VIOLETA.—(CORRIENDO A UN EXTREMO.) ¿Preferirías que nos maten en la calle, ah? ¡Preferirías! (SILENCIO.)

GABRIEL.—Y nosotros que les traíamos la risa, el jolgorio, con algo de cultura, con algo de *buena voluntad*, con tesón, con cariño, con un chistecito inocente para sus hijos. Bah. ¡Dónde están sus hijos! (BAJA LA CABLEZA.) Ah, qué inconsciencia.

VIOLETA.—Estás llorando de miedo. Lloras peor que yo.

GABRIEL.—(RIGIDO.) Recojamos las cosas, Violeta.

VIOLETA.—(GRITA.) ¡Brutos!

GABRIEL.—No les digas brutos.

VIOLETA.—¡Imbéciles! (CAE DE RODILLAS, RECOGE UN TITERE.) Protégenos, pobrecito mío, aquí vive la locura, protégenos si no esto será un crimen, sí Dormiloncito, amor mío, será un crimen de película, y tú no podrás hacer nada, chiquito mío, papá Gabriel y mamá Violeta: los dos muertitos, pobre huerfanito mío. (UN RESPLANDOR ILUMINA TODO. LUEGO UNA EXPLOSION IGUALMENTE AGITA TODO.) ¡La camioneta! ¡Dónde vas, no quiero morir sola!

GABRIEL.—Debo saber qué sucede. Debo saberlo.

VIOLETA.—¡Te matarán, Gabriel!

GABRIEL.—No, Violeta, ellos no quieren matar a nadie.

VIOLETA.—¡Vendrán a violarme!

GABRIEL.—¡No, Violeta!

VIOLETA.—¡Quemarán la iglesia!

GABRIEL.—Déjame. Voy a salir.

VIOLETA.—(CORRE A LA PUERTA.) Anda, ve a que te maten.

GABRIEL.—Si no regreso, cuando vuelvas a Lima, dirás que me quedé a vivir aquí...

VIOLETA.—¿Pero es que te has vuelto loco, Gabriel?

GABRIEL.—Será lo que deba ser. ¿Comprendes?

VIOLETA.—¡Quiero ir contigo! (AUMENTAN LOS GRITOS DE LOS CAMPESINOS.) ¡Entre los dos impondremos respeto! ¡Es una manada de indios, Gabriel! ¡Llegaremos a la hacienda, al puesto de policía!

GABRIEL.—No, Violeta, no, quiero que tú vivas, ¿comprendes? ¡Esa es mi recua de hambrientos!

VIOLETA.—¡Tonto, tontito, no sabes lo que dices...!

GABRIEL.—¡Déjame!

VIOLETA.—(FRENÉTICA.) ¡Rogaremos, nos hincaremos! ¡Quiero vivir! ¡Indios ignorantes, quiero vivir!

GABRIEL.—(IMPOTENTE.) ¡Ah, maldición!

LA PUERTA CAE VIOLENTAMENTE AL SUELO. IRRUMPEN JACINTO Y UNIVERSO. LA PAREJA NO ATINA A NADA.

JACINTO.—¡Rápido, amigos!

UNIVERSO.—¡Nos vamos pues!

VIOLETA.—(REACCIONANDO.) ¡Y los títeres!

GABRIEL.—(EMPUJADO POR UNIVERSO.) ¡No podemos dejarlos!

JACINTO.—(JALANDO DE LA MANO A VIOLETA.) ¡Los muñecos se quedan!

UNA VOZ DE AFUERA.—¡Pac'carin c'cama!

LOS DOS COMUNEROS.—¡Rápido, vamos pues!

CASI A EMPUJONES Y SIN PODER RECOGER NADA, SALE LA PAREJA. SE ESCUCHA EL CLAMOR DE LOS COMUNEROS. UN GRITO DE VIOLE-

TA, LUEGO EL SILENCIO. LUCES EN UN COSTADO. AHI APARECE EL NARRADOR.

NARRADOR.—Sí, señoras y señores, estimados amigos, los titiriteros, los Cuchimilcos del Perú se salvaron. Nadie les tocó ni un solo pelo. Pero eso no impidió que los pobres imaginaran muchas cosas, por ejemplo, que iban a su propio entierro. Véanlos yendo bajo la lluvia, caminando por un largo callejón de sombras ((SONRIE.)), ¡sin haber muerto todavía! Nuestros amigos Universo y Jacinto los acompañaron hasta el límite de la Comunidad. Recién ahí, en las alambradas, a partir de las tierras fértiles y veraces de la Casa-Hacienda Altafé Wilder, encontraron a la noche quieta, incluso sin lluvia, extremadamente tranquila, pero en fin, de algún modo salvadora y tibia. La Compañía de Títeres, los Cuchimilcos del Perú, promotores culturales de la Reforma Agraria, nunca supieron qué sucedió en Pasos. Tampoco les quedó ganas de volver a preguntarlo y menos aún de averiguarlo.

Y aquí —entre nosotros que somos de confianza y no nos gusta meternos en líos ajenos— les contaré que la policía sí tuvo el valor de aventurarse por aquellas remotas y casi inaccesibles alturas. ¿Para qué? Para apresar a los bandidos, por supuesto. Felizmente que no hubo chófer dentro de la camioneta, aunque después para adjudicarle mayor solidez al caso, fue necesario hacer figurar a un tal Remigio Quispe, peón en la Casa-Hacienda.

El Varayok y sus principales cómplices, Jacinto, Universo, Joe y el sacristán, fueron juzgados y sentenciados. A Dios gracias no se encontró literatura subversiva, pues los abogados consideraron ilícito cualquier hallazgo de nuevas y rotundas pruebas.

La Casa-Hacienda, naturalmente, asumió la responsabilidad de dar honestas ocupaciones a los comuneros perdonados, con la única y magnánima condición de que estos indios culpables prometieran, delante de la cruz, no volver a delinquir jamás. Está sobreentendido que la familia Altafé Wilder ya había demostrado sus legítimos derechos sobre la propiedad de las tierras tanto tiempo usurpadas.

Nunca se supo qué sucedió en Pasos. Los criminales se negaron a confesar no obstante que, durante el *interrogatorio*, se les dispensó el mejor trato humano.

Y para terminar, señoras y señores, señoritas y jóvenes, público en general, les diré que Gabriel y Violeta o sea los Cuchimilcos del Perú, no se casaron ni fueron felices. Ella decidió olvidar y consiguió una beca para estudiar en París. El, vaga por ahí y a cualquier hora —como diría el poeta—, se detiene a descansar su cansancio, contando entre otras cosas el recuerdo de un pueblo sin niños.

Y así amanece y anochece donde uno menos se lo piensa. Mejor dicho —con su permiso—, permítanme presentarme: Gabriel González, a sus órdenes.

T E L O N



ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES TEYPE, S. A., EL
DIA 26 DE DICIEMBRE DE 1978